

tais toda vuestra admiracion, creyéndolos como el *non plus ultra* de la inteligencia humana; preguntadles si han podido resucitar á la humanidad. Sus obras y sus voces os responden: *El cadáver hiede ya*; y se retiran lanzando un grito de desesperacion. Y si ellos no han podido, vosotros tampoco, ó tal vez menos.

Queda, pues, suficientemente probado, sentado y fuera de duda que la sabiduría humana en el dia anterior al nacimiento de Jesucristo se confesaba vencida á pesar de todos los encantos de la elocuencia, de todo el poder de la lógica, del prestigio de la ciencia y de la autoridad imperial. ¿Oís? ¿Qué quiere decir sino que para dar una nueva vida al gran Lázaro ha sido preciso un poder superior á toda sabiduría y á todo poder humano, y por consiguiente una fuerza divina? La regeneracion de la familia y del mundo por el Cristianismo es una obra divina y divino el Cristianismo, y por lo mismo él es el único que merece creencia, respeto y amor. Negar esta verdad, seria lo mismo que negar la existencia del sol; declararse incapaz de coordinar dos ideas, y colocarse entre los seres que no tienen razon, que la han perdido, ó no la tendrán jamás.

SEGUNDA PARTE.

HISTORIA DE LA FAMILIA BAJO LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Regeneracion religiosa de la Familia por el Cristianismo. — Tipo del hombre y de la mujer.

La hora señalada en los eternos decretos para la restauracion de todas las cosas sonaba en el reloj de la eternidad, cuando los sacerdotes, los filósofos y los legisladores paganos abandonaban el sepulcro de la humanidad, confesando su impotencia, despues de haberseles intimado que le devolvieran la vida; y descendia á la tierra el Hijo de Dios, el mismo Dios, el Verbo, por quien todo habia sido creado, para salvar de la muerte á todo lo que habia perecido. Sin dinero, sin espada y sin ninguno de los poderosos medios de que se habian servido Augusto, Platon y Licurgo, emprende con el auxilio de doce pescadores ignorantes y rústicos lo que desesperaba á los sábios y á los grandes. ¡Qué temeridad! ¡qué locura! ¡qué objeto de escándalo y de risa! Se hace conducir al sepulcro del gran Lázaro, como al del hermano de Marta y de María: en vano le dicen que el género humano está muerto, que hace mucho tiempo está sepultado en un sepulcro de sangre y cieno y que huele mal, pues dice al cadáver en putrefaccion, con aquella voz que comprendió la nada y que comprenderá la muerte: ¡Levántate y anda! Y el género humano sacudió su sudario, y empezó á andar; y anda aun y andará hasta su descanso final en la vida de la gloria eterna.

El delicioso objeto de nuestros estudios será ahora la historia de esta resurreccion imposible para los sábios, y obrada por Jesucristo, y será tambien, como lo esperamos, el objeto de nuestra gratitud y el apoyo invencible de nuestra fe.

El hombre y la mujer, antes de ser degradados como esposo y

padre y como esposa y madre, lo fueron como hombre y como mujer: los lazos de la sociedad religiosa que une al hombre con Dios habian sido rotos antes que los de la sociedad doméstica que enlaza al hombre y á la mujer: la degradacion de esta segunda alianza no habia sido mas que la consecuencia y el castigo de la violacion de la primera; y separados de Dios el hombre y la mujer, habian perdido el sentimiento de su dignidad nativa, cayendo bajo el imperio del despotismo y del sensualismo.

El seductor les habia dicho: Desobedeced, y seréis iguales á Dios; y desobedecieron, y fueron iguales á los dioses, obra de sus pasiones mas bien que de sus manos, haciéndose á su imágen crueles y voluptuosos. Desprendióse de su frente la corona de gloria con que la habia adornado la mano del Criador, sentáronse despues en el cieno con una venda en los ojos, y olvidando lo que eran y lo que debian ser, cesaron de comprender lo que valian. De esta ceguedad se originó, como hemos visto antes, en la antigüedad pagana el desprecio profundo y universal del hombre hácia sí mismo y para con su semejante; desprecio de la humanidad á todo: al hijo, que ahogaba, exponia, vendia é inmolaba; al prisionero, que reducía á la esclavitud y obligaba á morir sobre la tumba de los vencedores ó en los anfiteatros; al pobre, que rechazaba como á un animal inmundo; al esclavo, que despedazaba á golpes, abrumaba de cadenas y arrojaba como pasto á los leones, tigres ó pescados, y á la mujer, que compraba, vendia y maltrataba de todos modos. Desprecio del hombre para consigo mismo: en su inteligencia, que alimentaba con los errores mas vergonzosos, torpes y crueles, ó con conocimientos vanos y estériles para el verdadero bien; en su corazon, que degradaba con los afectos mas brutales y humillantes; en sus sentidos, que manchaba sin compasion, haciéndolos ministros de toda especie de iniquidades, y en su vida, que se quitaba por el hierro ó el veneno, ó que vendia al que queria gozarla ya para alargar, ya para cortar su hilo.

Y el hombre y la mujer eran iguales á sus dioses, y la sociedad doméstica habia perdido sus caracteres primitivos, y se habia convertido, lo mismo que sus miembros, en crimen y desgracia. Hé aquí los hechos tales como los hemos hallado en todas partes al cruzar los siglos paganos.

Era preciso, pues, para regenerar el hombre recordarle el respeto de sí mismo y la idea y sentimiento de su dignidad; y habiéndose convertido en bruto, era preciso hacerlo ángel y dios para igualar la elevacion al descendimiento.

Se hace hombre el restaurador de la humanidad, el Hijo de Dios, el tipo eterno del hombre. Quiere, como *Hombre-Dios* que todos los hombres, á quienes llama hermanos, se identifiquen en él, y sean imágenes suyas; y de hombres brutos y demonios que eran, los quiere convertir en hombres-dioses. Es un nuevo Adán que forma á su imágen un nuevo género humano: para divinizar al hombre se le asocia todo lo que á este pertenece; y en tanto que antes de él, Dios no estaba en parte alguna en el hombre, despues de él estará en todas partes, en el niño, en el prisionero, en el pobre, en el enfermo, en el sacerdote, en el padre, en el esposo, en torno del hombre, siempre y en todas partes á donde dirijais los ojos.

Queda la humanidad consagrada y divinizada desde la cabeza hasta los piés, desde la cuna hasta el sepulcro, y aun mas allá; y es muy digna de respeto, pues el Hombre-Dios ha dicho: «Todo lo que hagais al miembro mas ínfimo de la sociedad, lo haceis por mí, y no es á él, sino á mí, á mí mismo á quien se lo hacéis¹.»

«¡Hombre! ¿te respetarás ahora? ¿respetarás á tus semejantes, al último, al mas débil y pequeño de tus semejantes? ¿Los venderás aun, los matarás, los deshonrarás á tu antojo? Ten cuidado, porque si los tocas, me tocas en la niña de mis ojos, y yo seré su vengador; tengo preparado el rayo, y está de parte mía la eternidad. Los he amado, respetado y adoptado: hijo de Dios también como yo, mi hijo y hermano, aprende á amarlos y á respetarlos como á mí mismo, pues tu obediencia decidirá de tu suerte.»

Luego que el Hijo de Dios se identificó con la humanidad que habia venido á rescatar, como el propietario que paga y marca con su sello las mercancías que compra, el divino comerciante se colocó á una grande altura entre el cielo y la tierra, y pagó el precio convenido, que era su sangre, á la vista de Dios, de los Ánge-

¹ Amen dico vobis: Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (*Matth.* xxv, 40).

les, de los hombres y de los demonios. Mientras brotaba tan divina sangre á raudales como una marca indeleble sobre la frente del género humano, exclamó con una voz cuyos ecos hicieron estremecer todo el universo: «Hombre, no eres tuyo, sino mio, te he comprado, he comprado á tus semejantes; mira á qué precio «os pago: hombre, ¡mira lo que vales! *Anima, tanti vales!* No te «vendas á menos. — ¿A menos de qué, Dios mio? — Á menos de «mi sangre, á menos de un precio infinito. Todos los hombres «valen lo que vales; el niño, el pobre y la mujer; á todos los he «comprado y pagado al mismo precio¹, y no puedes comprar á «tu hermano, ni él mismo se puede vender á menos. *Anima, tanti vales.*»

Y cuando todo fue consumado, y el hombre, despertando como de un sueño profundo, se vió tan apreciado, apenas pudo entreabrir sus labios para repetirse á sí mismo: «Valgo la sangre de un «Dios; yo, el niño, el esclavo, el pobre, la mujer, el griego, el «bárbaro y todos los hombres en fin valen la sangre de un Dios, y «todos somos hijos suyos. Soy propiedad de un Dios, y lo son tam- «bien el niño, el esclavo, el pobre, la mujer, el griego, el bárba- «ro y todos los hombres.»

Y comprendió su dignidad y la dignidad de sus semejantes; y el género humano lloró amargamente como Pedro, que no reconoció á su Maestro y modelo. Vuelto en sí, sintió un gran respeto hácia sí mismo y hácia su semejante, porque Dios se había hecho hombre y estaba en todos los hombres. Y desaparecieron el despotismo y el sensualismo; y el hombre siguió las huellas de Dios, y el hombre quedó lleno de caridad, santidad y bondad, porque estaba regenerado.

Quedaba la mujer.

Como hija de Adán, había participado de la reparacion divina de la raza humana; pero como mas culpable y degradada, si posible fuera, que el hombre mismo, parecia que la mujer necesitaba una regeneracion particular. Pesaba sobre su sexo un anatema especial cuatro mil años hacia, y era preciso que lo alzase

¹ Empti enim estis pretio magno. Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I Cor. vi, 20).—Non est Judæus neque Graecus; non est servus neque liber; non est masculus neque foemina. Omnes enim vos unum estis in Christo Jesu. (Ad Gal. iii, 28).

una mujer; y ella, el principal instrumento de la ruina de la humanidad, fue su salvacion. La culpable mensajera del demonio había causado la muerte al hombre, y nos debía traer otra vez la vida como benéfica mensajera de Dios¹. El género humano lo sabía, todas las tradiciones del antiguo mundo colocaban á la mujer al frente del mal, y todas las tradiciones del mundo nuevo la deberán colocar al frente del bien. Siendo la mujer la causa de todas nuestras desgracias², las generaciones antiguas acumularon sobre su frente un peso de odio y de desprecio que había hecho de ella el ser mas abyecto y miserable³; pero se dirá sucesivamente hasta la eternidad: Debemos á la mujer todo nuestro bien, y las generaciones nuevas la rodearán de una veneracion y gratitud que harán de ella el ser mas respetado y mas santamente amado de todos los que Dios sacó de la nada. Es preciso que así sea: además, la mujer tenía necesidad de un modelo particular que le ofreciera todas las virtudes de su sexo, y consagrara todas las posiciones en que pudiera encontrarse desde la cuna hasta el sepulcro.

Así como Dios hizo de Jesucristo el reparador, el padre y el modelo forzoso del hombre, creó á MARÍA para regenerar la mujer, dándole una reparadora, un modelo y una madre á la cual debieran asemejarse todas las mujeres.

María será una criatura aparte, el primero, el mas elevado, perfecto y santo de todos los seres despues de Dios, sin exceptuar los Ángeles, para que todas las hijas de la nueva Eva sean ennoblecidas, santificadas y elevadas hasta una altura celeste, así como todos los hombres fueron ennoblecidos, realzados y deificados por Jesucristo, el nuevo Adán: María nacerá, vivirá, morirá, y reinará en el cielo, pero su nacimiento será sin mancha, su vida sin pecado, su muerte sin dolor, y su gloria sin igual; y adornada con una diadema que no brillará sobre ninguna otra frente, y sentada sobre un trono cercano al de Dios, será á un mismo tiempo la augusta Soberana del cielo, la graciosa Reina de los

¹ Per foeminam mors, per foeminam vita; per Evam interitus, per Mariam salus. (S. Aug. de Symbol. ad Catech. Tract. III, § 4).

² A muliere initium factum est peccati, et per illam omnes morimur. (Ecc. xxv, 33).

³ Brevis omnis malitia super malitiam mulieris. (Ibid. 26).

Ángeles y la amable Madre de los hombres. Hé aquí á María, la nueva Eva, el tipo admirable de la mujer en el mundo cristiano.

Dios asoció eficazmente á la obra de la rehabilitacion humana á esta mujer misteriosa, á esta vírgen tan dulce y tan pura, para que fuera la regeneradora de la mujer; pero antes quiso que ella consintiera. ¡Ved con qué esmero honra la Sabiduría eterna á los ojos de todo el universo á la mujer, hasta entonces tan despreciada y abyecta! No le exige con imperio el consentimiento que necesita, sino que respetuoso el Eterno para con su criatura y su hija, la trata con todos los miramientos debidos á una gran princesa de quien se espera un favor, y le envia como embajador un Arcángel, el príncipe de su corazon, con la mision de decirla: Salve, ó la mas perfecta, mas graciosa y mas amada de todas las criaturas: Dios vuestro Padre os pide humildemente si quereis consentir en ser esposa del Espíritu Santo y madre de su Hijo.

¡Inefable accion que encierra toda una revolucion moral! La augusta Trinidad aparece suplicante ante la mujer, ante María... ¡Momento decisivo, hora solemne en la historia de los siglos! María, en tus manos está la suerte del universo. ¿El género humano tendrá un salvador? La respuesta de María nos lo dirá. Reflexiona; porque aceptando el título de Madre de Dios, acepta el de Reina de los Mártires: desplégase ante sus ojos un extenso panorama de sangrientas y lúgubres imágenes; el pesebre, la cruz y el Calvario están destinados para ella porque lo están para su Hijo... ¡Consentid, consentid, María! ¡Ah! no retardeis la salvacion del mundo y la reparacion de vuestro sexo¹.

María ha inclinado suavemente su cabeza virginal: es esposa, es madre, y su corona nupcial es una corona de espinas, sus alegrías maternas el principio de un prolongado martirio, y su Hijo, el Hijo adorable que vió en su seno, está dedicado al verdugo. ¡Que nos digan todas las madres la extension de su sacrificio! En tanto, el mundo está salvado, y salvado por una mujer, y se levanta el anatema que pesaba sobre ellas, estando en adelante al frente de todo bien.

Estos honores y respetos con que se complacia Dios en rodear á la mujer en la persona de María, son cada vez mas manifies-

¹ Responde jam, virgo sacra, vitam quid tardas mundo? (*Aug. Serm. XXI de Tempore*).

tos, y su conducta será un modelo forzoso para todos los hombres. El Eterno, el Todopoderoso, el Dios de los dioses ha convertido á la mujer en madre suya: ha tomado su sangre, su carne y sus huesos en sus entrañas y de su sustancia; y el Dios nacido de María ama á esta mujer, su madre, como no amó jamás el mejor de los hijos á la mejor de las madres. Se complace en recibir de ella, al mismo tiempo que las caricias y besos maternales, la leche, los pañales, los cuidados y la cuna que exige su infancia; duerme y descansa en sus brazos, juega y sonrie sobre su seno, y hasta los treinta años no tiene mas compañía que su Madre, obediéndola siempre, en todo, con una prontitud que no conoce réplica ni dilacion; y ella la llama hijo mio, y él le responde llamándola madre.

Cuando sale del hogar doméstico, se goza en honrar á su Madre delante de los hombres, haciendo brillar la autoridad sin limite que ejerce sobre él: suspende para complacerla las leyes de la naturaleza convirtiendo el agua en vino; respeta y honra á su Madre con ternura hasta la muerte; piensa en su porvenir, á pesar de sus dolores, cuando está sobre la cruz; y confiándosela al amigo de su corazon, le da en herencia á todo el género humano por hijo.

María da á su Hijo para el género humano, y puede decir con toda verdad: se ha sacrificado mi carne y ha corrido mi sangre en el Calvario; y María se asocia del modo mas íntimo y doloroso á la redencion humana. ¡Sublime gloria de que participa María con Dios solo, excluyéndose los mismos Ángeles, y que comunica á su sexo!

El hombre comprendió la dignidad de la mujer al ver que Dios la honraba hasta tal punto, y que ella misma era á precio de inefables dolores el instrumento de su salvacion; y penetró su corazon un gran respeto y una profunda gratitud hácia ella. ¡Cuál se hirió el pecho el Centurion, y lloró Pedro amargamente al recordar los ultrajes y el desprecio con que habian abrumado á la mujer! Dios quiso que María, la bienhechora del hombre, el tipo de la mujer regenerada, consagrara todas las edades y posiciones de su sexo para que en todas ellas fuera respetada la mujer. Mirad en torno vuestro, desde la cima de la escala social hasta la base, desde la cuna hasta el sepulcro, y encontraréis en la mujer á Ma-

ría: en la reina y en la noble dama, porque María era noble é hija de reyes; en la mujer del pueblo, que gana el pan de cada día y el de sus hijos con el trabajo de sus manos, porque María fue pobre, y trabajó para vivir como los pobres; en la niña, en la doncella, en la esposa, en la madre y en la viuda; María está en todas partes.

Y María dijo al hombre, despues de haber rescatado su propio sexo á costa de los mas crueles dolores, despues de haberlo rehabilitado con todas las virtudes y de haberlo salvado siendo el instrumento de la salvacion universal: «Todo cuanto hagais por «las mujeres mas ínfimas y humildes, que són mis hijas, lo ha-
«réis por mí, y no por ellas. ¡Hombre! ¿te atreverás ahora á des-
«preciar y envilecer la mujer convertida en María la madre de tu
«Dios y la amable mediadora de tu dicha y de tu gloria?»

Y viéndose elevada la mujer á tanta altura, despues de haberse visto tan baja, recobró el sentimiento de su dignidad, comprendió su mision, y conociendo que se habia hecho el culpable instrumento del mal y degradado hasta el nivel del irracional mas inundo, lloró amargamente; y todos sus desvelos y todo su estudio se ha dirigido desde entonces á parecerse á su tipo celeste. Comprendió que María era su paladium, y se refugió con ahinco bajo sus alas, rodeó sus altares, y la amó como el niño á su madre. Y la vida de su vida, sus ocupaciones del día y sus pensamientos de la noche fueron ya la amable sencillez de la primera edad, la casta dulzura de la esposa, el activo amor de la madre, la humildad de la viuda, y el celo mas delicado y solícito.

Y la mujer reformada sobre el modelo de María volvió á ser lo que era y lo que hubiera debido haber sido siempre, segun la intencion del Hacedor, la ayuda, la compañía y el ángel del hombre.

El hombre y la mujer fueron por fin llamados á reconocer su dignidad, despues de ser arrancados al despotismo y al sensualismo, y de ser creados otra vez sobre el doble tipo del nuevo Adán y la nueva Eva, Jesús y María, padre y madre del nuevo género humano.

Ante un plan tan divino, tan admirablemente concebido y tan poderosamente realizado, es preciso caer de rodillas á las plantas de la Sabiduría infinita que se dignó enviarlo al mundo; y si la

naturaleza maravillosa y los efectos saludables de esta rehabilitacion ignorada por la filosofia pagana, no revelasen al corazon recto la divinidad de su autor, la demostrarian al espíritu justo y reflexivo. El hombre imparcial dirá: «Solamente un Dios ha podido tener ideas tan elevadas y superiores á las de la razon humana; solamente un Dios podia proponerlas con confianza, como el medio infalible de dar la vida al gran Lázaro sepultado muchos siglos hacia en su tumba deshonrada, y solamente un Dios podia sobre todo hacerlas admitir como reglas obligatorias tan fácil, tan universal y tan constantemente. La razon se extravía al meditarlo; es una cosa increíble, y por lo mismo divina: *Incredibile, ergo divinum.*»

CAPÍTULO II.

Tipo de la Familia regenerada.

Como todas las doctrinas del Cristianismo son esencialmente sociales, deben expresarse con actos: no satisfacía al Redentor haber creado los tipos aislados del hombre y la mujer, sino que necesitaba, para la regeneracion efectiva de la sociedad doméstica, reunirlos formando una familia, modelo práctico y permanente de todas las demás.

La Sabiduría eterna dió el complemento á su obra, é instituyó sobre el nuevo plan una familia que todos los siglos han llamado *Santa*, en la cual se ven restablecidos todos los caracteres primitivos, cumplidos todos los deberes, y ejecutadas en una palabra todas las leyes verdaderas de la sociedad doméstica; y Josef, María y Jesús son los nombres para siempre benditos del padre, de la madre y del hijo que la componen.

¡Ó Dios mio! autor y miembro de esta familia sagrada, sostened mi flaqueza en el momento de penetrar en tan augusto santuario, iluminad mi razon con un rayo penetrante de vuestra luz, pues debo revelar algunos de esos secretos maravillosos que los Angeles admiran, y que, segun espero de vuestra divina bondad, me arrobarán algun día á mí mismo en delicioso éxtasis, cuando pueda mi alma contemplarlos sin velo, y mi corazon amarlos sin combate.